

LA VOLUNTAD DE LA TIERRA

Daniela Itzel
Domínguez Tavares¹

La imaginación se le llenó de pronto cuando entendió que por medio de la poesía, la tierra y las flores podía acercarse a Nezahualcóyotl. Sentado junto a su padre, Nezahualpilli estaba sumergido en el mismo delirio contemplativo que causaba el lago de Texcoco. Azul, estrellas y luna. Azul y un breve arrullo de aleteos y la respiración de dos cuerpos de cobre. Azul, el Huey Tlatoani y su heredero. Nezahualcóyotl despertó de la tranquilidad que causaba el agua y se retiró a escribir. El señor poeta dejó a su hijo sin decir palabra y ascendió 160 escalones para llegar al sitio destinado a estar más cerca de los astros.

Todavía en el lago, el ritual de contemplación de Nezahualpilli no terminaba. Miraba el andar de las hormigas y las formas caleidoscópicas que los árboles y la luz de luna formaban a la orilla. Le sorprendió comprobar que de verdad la naturaleza era hermosa, le sorprendió pensar que quizá nació en una materia equivocada

¹ Cuento premiado con el tercer lugar en el concurso de la Universidad Autónoma de Aguascalientes "Talentos Universitarios, categoría de Cuento 2016" Daniela Itzel Domínguez Tavares, Egresada de la Licenciatura en Historia por la Universidad Autónoma de Aguascalientes en 2016.

y que su espíritu se debía a un árbol o una flor, quizá así, y sólo así su padre dentro de la volatilidad de sus sueños poéticos le dedicaría una caricia verbal, quizá así, su padre le eternizaría en una estrofa mexicana. Sin saber cómo lo lograría, el pequeño heredero ascendió los mismos escalones pero se dirigió a diferente habitación. Entre sus manos reposaba su rostro perdido, entre dulces epifanías que cumplirían su anhelo de acercarse a su sangre paterna.

El lago de Texcoco, apacible y abismal, se convirtió en el crisol de los deseos del pequeño Nezahualpilli. Tembló la tierra y las hormigas iniciaron un camino diferente al que había observado el niño; los árboles, aun en la sombra, hicieron un círculo y dejaron al centro un espacio que era el inicio de todo. El deseo de la tierra penetró en el ambiente, nadie observó nada, sólo un quetzal resintió lo multiforme que podía ser la naturaleza pero no se turbó, era designio de la tierra, las estrellas y el agua. Tláloc, el néctar de la tierra, semilla acuosa que todo lo penetra y Xochiquétzal diosa del amor y las flores, confabularon. Esa noche llovió estruendosamente, el palacio de Texcoco absorbía en cada poro pedrusco el agua que emanaba y generaba lindas percusiones al caer en el lago, las plantas y las flores rojas. Percusiones mientras los animales se esconden, percusiones nocturnas que fueron la nueva vida de las semillas de cacao y chile.

En el centro del círculo que habían formado los árboles cayó una pluma del quetzal

que había observado todo. Tocó el suelo y este de manera casi imperceptible la absorbió sin siquiera doblarla u opacar su color, como si la pluma se hubiera fundido con la tierra. Mientras tanto las hormigas habían subido los mismos 160 escalones del palacio y estaban llegando al cuerpecillo del heredero Nezahualpilli que estaba tumbado en el piso. Una de ellas voló solitaria hasta el oído del niño y le dijo:

-Los dioses te esperan, la voluntad de la tierra te hará poesía.

Nezahualpilli con la sangre hirviendo de emoción inició el descenso del palacio que le viera nacer y que ahora le veía marcharse contento, sollozando y construyendo un altar-camino con sus lágrimas jubilosas por ser poesía, por estar en el pensamiento y la *pluma* de su padre. Sus pies parecían alas de mariposas pues se movían en un vaivén delicado, mudo y vertiginoso. Mariposa, porque sentía como su piel de cobre se iba tornando de colores. Mariposa, porque ya saboreaba el dulce polen de las flores rojas. No sabía qué le esperaba a su materia corpórea pero poco importaba porque los dioses le llamaban a una misión, le habían escuchado y debía llegar al círculo. Caminó siguiendo a las hormigas voladoras. Fueron bordeando el lago y cuando hubieron llegaron el niño observó que algo había cambiado en la disposición de los árboles, algo mágico y sólo para él.



La misma hormiga voladora le señaló el lugar en el que debía hincarse y así lo hizo el heredero mexica. Se desprendió del poco cobijo que tenía para envolver el fruto de la virilidad regalada del Huey Tlatoani; su piel de cobre fue adquiriendo un tono más brillante, era de oro y estrella. El suelo comenzó a moverse al igual que lo hiciera cuando se fundió la pluma del quetzal. Se movió la tierra e inició el solsticio de la vida de Nezahualpilli. Se movió la tierra porque Tláloc así lo quiso y porque Xochiquétzal sabía las verdades claridasas del corazón del niño y la verdad delatante del corazón del padre. Las venas de la tierra se movieron, se movieron y se enturbió el agua del lago, se sobrecogió en anhelos el niño y en una sonrisa dejó el mundo mexica mientras su cuerpo se incorporaba a la naturaleza del Valle de México.

Por la mañana el sol abandonó su cárcel y pudo alumbrar las piedras piramidales, las canoas y los sembradíos de maíz. Se alumbró también el rostro de Nezahualcōyotl y este salió al encuentro de soberanos, uno del cielo y otro de la tierra, uno de carne y otro de luz y fuego. Entonces el Huey Tlatoani lo sintió, pensó en su hijo, en la voracidad con la que no le había amado y salió a buscarlo, salió a sanar esa herida en el verdor de la tierra que él reinaba. Caminó y caminó pero se detuvo en un lugar que le parecía extraño. Era un espacio diferente y que palpitaba alegría, se acercó y había flores rojas y amarillas, flores altas y

bajas, unas con frutos morados y otras de pétreas blancura.

Nezahualcōyotl se acercó a ese hermoso jardín, se acercó despacio y sintiendo que había algo en el espacio que ya sentía suyo, algo que le confería un mundo de alegría poética. Su hijo. Entonces el Tlatoani lloró y los poros de la tierra absorbieron las lágrimas de padre y así nació un jardín hermoso en que convivieron los anhelos lunares de un hijo y la poesía de un gran señor. El padre se quedó mirando largo rato la escultura de piedra que había aparecido en medio del jardín de flores y encontró los ojos de su hijo, ojos que le acariciaban con voracidad y dulzura. Era una mezcla entre un niño y el casco de Tláloc pero era más su sangre. Se dio la vuelta y comenzó a recitar un poema, un poema que sobreviviría a los tiempos de conquista:

“No acabarán mis flores,
No cesarán mis cantos.
Yo cantor los elevo”